

de Rafael. Está desnudo, de pie, con la cabeza un poco inclinada sobre el pecho, el porte serio y tranquilo, inmóvil como un sér que se deja vivir; su actitud es de una nobleza sorprendente; parece superior a toda agitación. La cabeza no es más expresiva que el resto del cuerpo; el espectador no se siente atraído, como en las figuras modernas, por la frente pensativa, por la pasión de la mirada o de los labios. Con tanto gusto se contemplan los pies ágiles y el pecho fuerte como la hermosa cara; agrada tanto sentir la vida de ese cuerpo como ver que piensa su espíritu. La naturaleza humana en él no se ha desarrollado de un lado tan sólo, como entre nosotros; aún se halla en equilibrio; goza de sus sensaciones como de sus sentimientos, y de su vida física tanto como de su vida moral. Los griegos honraron al atleta vencedor como al poeta o al filósofo, y los combates de fuerza y agilidad, que son entre nosotros la diversión del populacho, entre ellos son una fiesta nacional. El cuerpo desnudo es casto como todas las verdades antiguas. Es la oposición entre la vida corporal y la espiritual lo que hace impúdica la desnudez. Habiéndose rebajado y despreciado la primera, ya no se atreven a mostrar los actos y los órganos. Los ocultan; el hombre quiere aparecer todo espíritu. Allí, nada le ruboriza y encuentra bello todo lo que es natural. Por fin esos ojos sin pupilas convienen a una cabeza que no es expresiva. Su divina serenidad no desciende hasta el hecho y no necesita mirar. Poco o poco, al contemplar la estatua, se adivina su alma. Se recuerda la seriedad profunda y la mirada vaga de los caballos de noble raza que pacen la hierba y se detienen un instante, con la cabeza en alto hacia el viajero que pasa. Una vida interna en silencio se narra en este espíritu tranquilo; no razona, sueña; lentas imágenes pasan por él, como procesión de nubes bajo el azul luminoso del cielo. Pero examínese el óvalo puro y orgulloso de ese rostro, y se verá que ese joven que reposa es un soldado de Pericles y un discípulo de Platón.

HIPÓLITO TAINE

(Traducido del volumen
Essais de Critique et d'Histoire).

Noticia de libros

2 novelas de la revolución mexicana.
—*Los de Abajo*, de Mariano Azuela.—
Panchito Chapopote, de Xavier Icaza.

LA revolución ha traído grandes transformaciones espirituales en México. Desaparecido el caos y en marcha hacia la disciplina mental, se proyectan consecuentes con la esencia revolucionaria, obras de mérito indiscutible; principalmente la pictórica, que ya no responde a un deseo individualista, sino nervado por las pulsaciones del momento, es producto de la aspiración justa multitudinaria. Naturalmente incomprensible a la burguesía por su calidad proletaria. Al par con estas manifestaciones plásticas se larva la novela, como un producto de cultura, acreadas en las inquietudes nativas rebeldes. Así *Los de Abajo* de Mariano Azuela, de ambiente netamente mexicano, es una obra panorámica de

la idiosincracia indígena. Pero no una novela de la revolución como se le quiere atribuir en algunos centros de América que desconocen en lo absoluto la ambición de toda revolución clasista, en particular la mexicana, que marcha sin haber todavía definido su posición política social.

Los de Abajo es la máscara anecdótica de la revolución mexicana, donde no se ha captado el menor optimismo de las clases productoras que luchan por su liberación económica. Más bien, *Los de Abajo*, en cierto modo, responde a una mentalidad cansada y salida de la reacción, que descontenta de su posición frente a la vida donde combaten los opresores y los oprimidos, se concreta —sin ani-

mar la consumación de los ideales— a buscar solamente cuadros episódicos que en lo superficial descartan el objetivo puro de la revolución, pero que en el fondo se construye con superlativo optimismo una nueva conciencia, responsable de sus actos. Precisamente, esto es lo que no se encuentra en *Los de Abajo*, saturadas todas sus páginas de pesimismo y desengaño.

Los episodios tomados con deliberada moralidad conservadora, justifica una vez más que los intelectuales son enemigos de la causa proletaria, cuyo retrato es aquel célebre mentor intelectual pintado en la novela con realismo desnudo, con la cobardía e hipocresía intelectual innata, biológicamente traidor a toda emancipación.

En cuanto a la audacia y heroísmo de los soldados revolucionarios, es poco cuanto se diga, asimismo de la inseparable soldadera que calienta con sus palabras arengatorias el frío de algunas horas donde se sienten vencidos los regimientos.

No obstante, en la novela de Azuela se ve México en su plenitud aventurera, desgarrándose sus hijos en defensa de la tierra y contra el imperialismo yanqui. Sus hombres románticos, como nuevos quijotes conquistando su alegría económica de pulgada en pulgada. Es de esta lucha como se está elaborando el derecho al canto, el derecho que tiene el pueblo a la estética, pero esto nunca llegará a definirse mientras no se establezca completamente el Estado socializado.

Panchito Chapopote ya es otra cosa, negación de todo un ciclo artístico que se ha autollamado revolucionario. Momento evolutivo de carácter anarcoide, que como lógico proceso determinista precipitó su destrucción, cuya síntesis se proyecta en la literatura antiimperialista que yergue sus aristas tonificadas por una causa. *Panchito Chapopote* es el camino inicial de la novela americana, desentrañada de todo bluff estético, pero donde se polariza el espíritu animador de un soldado constructor de la revolución.

En sus páginas está pintado el tropicalismo veracruzano amargado por la Huasteca que hun-

de al país. Nos hallamos frente a la realidad del imperialismo económico. La pugna de dos imperialismos que tienen fines idénticos; que luchan por las grandes concesiones petroleras de México, como en las otras naciones poseedoras también del oro negro. Cómplices de ellos son las mismas autoridades, las que no representan al pueblo, y que con la inmoralidad sensual del latino-americano comprometen la soberanía y la libertad del país a cambio de un puñado de dólares. Este es el espectáculo de la novela de Xavier Icaza, pero con una esperanza pluralizada de optimismo hacia la realización integral de la justicia.

En esta novela palpita la corriente política de dos tendencias absorbentes que han servido un momento de experimentación: el comunismo y el fascismo, este último nacido de una necesidad burguesa, sin trascendencia humanitaria, está descartado de arborecer en nuestros pueblos— ni el comunismo podría salvar, ni siquiera del colonialismo espiritual en que vivimos— por eso en México se ha creado un nuevo concepto político nacido de la realidad imperante y que traerá el advenimiento nacionalista de la América india.

La posición, francamente antiimperialista, adoptada por Xavier Icaza en su última novela editada por CULTURA, es única en las letras latinoamericanas. Posición que debieran adoptar todos los escritores honrados como una responsabilidad histórica, tanto más que son los primeros en ver el peligro del coloniaje económico yanqui, voceado hasta por los mismos escritores del norte que se enrolan a nuestras filas combatiendo para formar un frente único.

Panchito Chapopote sí puede ser un producto solvente de la revolución mexicana, aurora de futuras realizaciones en el campo de las letras, con elementos propios de la tierra, para edificar la conciencia americana nativa que hará crugir las fronteras desde el río Bravo hasta la Patagonia. Asumamos la responsabilidad de borrar los límites, solamente concepto geográfico que nos distancia para apuntalar la gran patria, porque mientras no nos unamos, pereceremos.

Serafin Delmar

México, D. F., marzo de 1928.